

**Román Cuartango**Universidad de Barcelona  
gutierrezcuartango@ub.edu

# *Expulsado del archivo. El ser humano y la sombra de su individualidad*

Recepción: 20 de mayo de 2013  
Aceptación: 10 de julio de 2013*Aurora* n.º 14, 2013  
ISSN: 1575-5045, págs. 26-33**Resumen**

En el presente ensayo se intenta establecer una convergencia entre una posible teoría de la individualidad y las reflexiones de María Zambrano sobre el lugar del hombre y el concepto de persona.

**Palabras clave**

Individuo, persona, saber, Zambrano, exilio.

**Abstract**

In the present essay, a convergence is attempted between a possible theory of individuality and María Zambrano's reflections on the place of the man and the concept of person.

**Keywords**

Individual, person, knowledge, Zambrano, exile.

1. Zambrano, M., *Persona y democracia (la historia sacrificial)*, Barcelona, Anthropos, 1988, pág. 59. Si no se indica lo contrario, los números al lado de las citas harán siempre referencia a esta obra.

2. Op. cit., pág. 78.

3. Op. cit., pág. 77.

La condición del exilio es estar separado del territorio propio. Ella le conviene sobre todo al hombre: *ein Wesen der Ferne* (Heidegger). De este ser extrañado voy a hablar aquí apoyándome en algunas indicaciones extraídas de la lectura de María Zambrano.

Tomemos esto como punto de partida: el hombre es «algo original, nuevo; realidad radical irreductible a ninguna otra»<sup>1</sup>. En el terreno de lo común, representa aquello que falta: «otra cosa». Y, además, esa carencia no incumbe únicamente a la consideración externa, lo rompe de una manera esencial: «Si el hombre no estuviera enajenado no podría enajenarse».<sup>2</sup> Se encuentra siempre alejado, incluso perdido: fuera de sí en el tiempo, condicionado y sujeto a este, siendo a medias, con una apetencia de ser.<sup>3</sup>

Llamaré a ese carácter específico que lo convierte en «otra cosa» la constitución individual. La idea que debe ser, por tanto, considerada es que individuo y hombre no coinciden. Sartre inicia su obra sobre Flaubert, *El idiota de la familia*, indicando que el hombre jamás es un individuo y que, precisamente por ello, sería mejor hablar de un *universal singular*: universal por la universalidad singular de la historia humana, singular por la singularidad universa-

lizante de sus proyectos. Zambrano se refiere de un modo poético a este aspecto de la cuestión; ella habla del individuo que se desliza subrepticamente bajo el universal.<sup>4</sup>

Esta relación problemática entre universal y singular condiciona radicalmente el acceso a la humanidad del hombre. Y si hablo de esta forma es porque resulta difícil encontrar la manera de asirla. Atendiendo a este aspecto de la cuestión, Heidegger, por ejemplo, parte de la idea de que la trascendencia del *dasein* es especial justamente porque en ella «reside la posibilidad y la necesidad de la radical *individuación*».<sup>5</sup> El ser de ese ente es en cada caso mío (*je meines*), no un ejemplar de un género de entes. La *Jemeinigkeit* involucra siempre al pronombre personal, «yo soy», el acto ejecutivo de un sujeto.

Estos elementos subjetivos —«yo», «tú», etc.—, condición de todo saber y de todo desempeño práctico, resultan inmanejables en su singularidad, puesto que lo que puede llegar a ser conocido es siempre una idealización que, en forma de archivo, atiende a lo regular y general; de él ha huido el elemento activo y productivo, para desvanecerse en un porvenir que nunca llega. Incluso en el modelo kantiano, la posición privilegiada del sujeto comportaba la condición de que quedara excluido del conocimiento mismo. No había un concepto para el yo, puesto que no comparecía en la experiencia.

La subjetividad del sujeto se encuentra en retirada en el saber. Y en el caso de que se presente, lo hace tarde, es decir, «una vez que...» o «después que...» algo haya sucedido: las significaciones.<sup>6</sup> El sujeto surge sobre una base que no solamente se escapa a su conciencia, sino que más bien la determina. Cuando aprehendemos alguna realidad en ella, lo que hacemos es establecer ciertos predicados que dicen algo así como «esto es lo que ya era». Lo que resulta entonces identificable no es precisamente la subjetividad del sujeto (sino tal vez una cierta objetividad que le corresponde).

Ni siquiera la autoconciencia —en la que depositó sus esperanzas la metafísica moderna— ofrece un fundamento para un saber sobre la humanidad de lo humano. No es conocimiento de sí, el cual requeriría identificación y, con ello, la posibilidad de que esta fuera falsa, sino una suerte de inmediatez prerreflexiva. El yo no se presenta a sí mismo como un objeto. Conviene, pues, distinguir entre la «autoconciencia» (la noticia inmediata, no conceptual y no proposicional, que el sujeto tendría de sí mismo) y el «conocimiento de sí» (la forma reflexiva, es decir, la perspectiva explícita, conceptual y objetiva adoptada en la tematización del «yo» o de la vida psíquica).

Son estas dificultades las que aconsejan atender sobre todo a la praxis —«el hombre se conoce a sí mismo antes que pensando, actuando, haciendo».<sup>7</sup> Lo interesante es que la intervención de

4. Op. cit., pág. 84.

5. Heidegger, Martin, *Sein und Zeit*, Tübinga, Max Niemeyer Verlag, 1986, pág. 38.

6. «... en la medida en que la autoconciencia se capta a sí misma *como* lo que es, está ya marcada por la huella de un retraso respecto a aquello por lo que se siente marcada —a través de su ser determinado no disponible—, es decir, de lo que se siente dependiente. En cuanto abre sus ojos, ha sido ya despojada de su presente», Frank, M., *¿Qué es el neoestructuralismo?*, México, FCE, 2011, pág. 110.

7. Zambrano, M., *Persona y democracia*, ed. cit., pág. 63.

8. Op. cit., pág. 47.

9. Sartre, J.-P., *El ser y la nada*, Buenos Aires, Losada, 1979, pág. 66. Asimismo: «el hombre es el ser por el cual la nada adviene al mundo».

un sujeto conlleva siempre un momento individual que no puede ser fácilmente archivado. Como ha enseñado la hermenéutica, la individualidad resulta de la interpretación de los signos. Las palabras no significan por sí mismas o en virtud de una institución anónima, sino mediante el hacer tentativo de los individuos. Y cuando la interpretación se pone en marcha, la transparencia se enturbia: los efectos del sentido no pueden jamás ser anticipados con seguridad desde el plano del sistema.

Pero aquello sin lo que la interpretación (de un actor) carece de gracia es una mínima distancia (quizá nada) con respecto al papel. El intérprete desliza una nada de regla, que modifica lo inscrito. Si el sujeto es necesario, entonces en toda realización efectiva tendrá que haber un momento –infinitesimal– en el que el procedimiento entero se encuentre en el aire, abierto a la contingencia, un momento de no-ser. Con el sujeto adviene *una nada de ser* que es la condición de individualidad de todo procedimiento, sistema, estructura, etc. El individuo *lo pone en juego*. Zambrano señala que en el juego se experimenta un doble sentimiento: el de la constitución como sujeto y el de la sujeción<sup>8</sup> a la regla. Esto obliga a distinguir entre la subjetividad (operación constructiva que convierte en sujeto, y que sujeta) y la individualidad (un salirse o desviarse en la continua e imprescindible repetición). Los individuos son sujetos; aunque no todos los sujetos son individuos.

La expresión mundana de esta individualidad subjetiva es lo que podría llamarse «desorden por privacidad». Se trata de un efecto perverso del actuar humano. Los hombres desempeñan funciones, ejecutan programas, establece reglas, reproducen sistemas, etc., pero lo hacen de tal manera que «privan» lo que parece universalmente establecido, es decir: lo separan del orden y lo arrojan a la contingencia del acontecer.

El «factor humano» produce jugadas novedosas que dan lugar, en ocasiones, a propiedades emergentes. Significa así el surgimiento de algo, pero también el accidente que origina una situación de peligro o desastre inminente. Se halla en el límite del mundo, generando vacío y falta, desmontando lo que ya tenía forma y consistencia, etc. Pero, por eso mismo, no solo es inevitable sino también imprescindible. El individuo se encuentra afectado por un «índice de *idiocia*». Gracias a él se arranca de la mera presencia y se proyecta; gracias a él tiene historia. A él se deben los caracteres definitorios de la subjetividad: la espontaneidad y la reflexividad.

El jugador *presenta y despresentiza* los significados. Solo de esa manera *se presenta* él mismo. Pero se trata de una *presencia ausente*. En el límite de la regla se atisba el espacio que se interpone entre el sujeto y lo subjetivo, es decir, la libertad, que Sartre caracterizaba como la posibilidad que tiene el ser humano de segregar una nada que lo aísla.<sup>9</sup> Zambrano apunta por su parte que el hombre podría

definirse «como el ser que alberga dentro de sí un vacío; el vacío sólo aparece en la vida humana».<sup>10</sup> Su marca es un anhelo de completitud que genera un movimiento destructor: tiende a hacer el vacío donde se encuentra un lleno. Esa nada es el origen de una conciencia (pragmática) de sí. Lo que la palabra «nada» señala es, justamente, que en el orden de las cosas que son (esto o aquello), el *sí*, el *selbst*, *no es*.

Pero, a pesar de todo lo dicho, el hombre es también susceptible de ser comunicado y, de esa forma, nunca es *meramente* un individuo. En la medida en que se trata del producto de su época y participa de una «concepción colectiva del mundo», es más bien el universal singular ya mencionado. De esa manera, adopta una forma apreciable, una presencia que puede ser observada, experimentada, y se convierte en el objeto de un saber posible. Entonces, pasa a integrar un orden. Pues mientras que el orden es visible, el individuo es invisible.

La propia Zambrano abriga la esperanza de que haya un lugar para los hombres en el universo, siempre que lleguen «a vivir plenamente como personas».<sup>11</sup> Así pues, la proximidad entre individuo y hombre se expresa en la lógica de «persona». Esta se opone, por ejemplo, al personaje,<sup>12</sup> su modo trágico de afirmarse.<sup>13</sup> El personaje acaba siendo lo impersonal, anónimo, nadie<sup>14</sup> –¿acaso el *man* heideggeriano?–. Se trata de una persona extraviada. Frente a esta, la persona formada sí que ocupa un espacio: «El sabio, o la persona lograda, no tropieza consigo mismo. Y si no tropieza consigo mismo, no tropezará con nadie, pues está en su justo, adecuado lugar».<sup>15</sup> La apetencia de ser que fue mencionada al principio apunta a la realización como persona. Esta sería, pues, algo así como la humanidad consumada. Pero sustraerse al extravío exige un acto que arranque la inscripción. Esto se produce mediante el pensamiento, en el que se hace el vacío, se suspende el tiempo y se inicia la experiencia de soledad, de lo individual.<sup>16</sup> El empleo de ese tiempo constitutivo reclama el aislamiento del mundo,<sup>17</sup> lo que implica volverse contra lo que ha sido fijado y es, entonces, común, generalizable. Individualidad significa, así, retirada.

Con todo, el aislamiento resulta inestable, no constituye una realidad, ni siquiera la propia. Se experimenta, para Zambrano, como espanto en el abismo, pues esto último es lo que hay en ella: «se nos esconde». El saber y la aprehensión que sea algo más que la simple inmediatez amenazadora resultan de los contenidos y de las relaciones, de la convivencia: «allí en la comunidad, donde sabemos quiénes somos porque lo representamos».<sup>18</sup> En la tierra media de la realidad, entre el andar errante y extraño en la naturaleza y la soledad que se arranca de ello, en el mundo social, es donde «se da» el hombre. Luego este no es el inicio sino el resultado de un acto de socialización.

10. Zambrano, M., *Persona y democracia*, ed. cit., pág. 63.

11. Op. cit., pág. 45.

12. Op. cit., pág. 70.

13. «Si el hombre occidental arroja su máscara, renuncia a ser personaje en la historia, quedará disponible para elegirse como persona», Zambrano, M., *Persona y democracia*, ed. cit., pág. 165.

14. Op. cit., pág. 71.

15. Op. cit., pág. 75.

16. «Al pensar se hace el vacío, en el cual disponemos realmente de nuestro tiempo; de este tiempo que se nos escapa instante a instante. El tiempo durante el cual pensamos es nuestro enteramente; entonces es cuando poseemos realmente el tiempo. Y es cuando somos nosotros mismos en unidad; desaparece el personaje que nos hemos forjado. Aquel que piensa y el que es. En cambio, en la acción histórica es difícil que el sujeto de ella no sea el personaje que nos hemos forjado», op. cit., pág. 78.

17. Op. cit., pág. 20.

18. Op. cit., pág. 98.

19. Op. cit., pág. 79.
20. Op. cit., pág. 96.
21. Op. cit., pág. 81.
22. Op. cit., pág. 124.
23. *Ibidem*.
24. Op. cit., pág. 125.
25. Op. cit., pág. 127.
26. «... el individuo es un ser trágico, siempre trágico, es decir, dividido y disminuido al mismo tiempo...», Zambrano, M., *Unamuno*, Barcelona, Debate, 2003, pág. 138.
27. Op. cit., pág. 102.
28. Op. cit., pág. 140.
29. Zambrano, M., *Persona y democracia*, ed. cit., pág. 133.
30. Zambrano, M., *Unamuno*, ed. cit., pág. 159.

El hombre sería un yo más una persona. Esta lo incluye y lo trasciende, puesto que se trata de una máscara que cubre el yo inmóvil en la vigilia del guardián.<sup>19</sup> Aporta la forma y se encuadra en un orden. Y aunque el hombre únicamente aparece en la sociedad,<sup>20</sup> también nos dice Zambrano que «en ser persona hay algo absoluto»,<sup>21</sup> lo que nos haría pensar en irrelativo y, de ese modo, no encuadrable o archivable. Así que no es solo la forma o la estructura con que se viste lo individual, sino que puede que también la estructuración haga que lo individual sea tal en su singularidad.

No obstante, en las afirmaciones de nuestra autora hay siempre una ambigüedad recalitrante. Tal vez cabría interpretar en ello la búsqueda del individuo en el hombre, eso que cobra expresión o realización social. Insiste, así, en que el hombre es persona y persona es soledad. Una soledad dentro de la convivencia. Lo que se hurta, para ella, reside en la personalidad de la persona: «nadie que viva como persona puede estar enteramente adherido a modo de vida alguno».<sup>22</sup> Y entonces pone al individuo como un artilugio social, mientras que la persona radica en la soledad: «El lugar del individuo es la sociedad, pero el lugar de la persona es un íntimo espacio. Y en él, sí, reside un absoluto».<sup>23</sup> Esta paradoja puede deberse a que Zambrano concibe el individuo como el átomo social, lo que resta en un proceso de abstracción, reservando la emergencia individual, en la que yo he puesto el acento, para la persona. Esta representa la visibilidad problemática de la intimidad invisible: «nunca se conoce enteramente a una persona, aunque esta persona sea la propia [...] no se puede prever con certeza [...]».<sup>24</sup> De ahí que, en relación con ella, no pueda hablarse de «porvenir» (lo previsible) y haya que hacerlo de «futuro» («lo no habido todavía, lo no revelado aún»). La persona está siempre más allá, es portadora de futuro, mientras que la sociedad es en cierto modo el pasado; esto da lugar a un conflicto inevitable.<sup>25</sup>

Por otra parte, el individuo porta, como se ha dicho, el estigma de una negación,<sup>26</sup> por eso se contrapone a la sociedad. Representa la irreductibilidad del hombre concreto. Se podría intentar darle a esto una forma hegeliana: el individuo como negación de la persona extraviada, inscrita como determinación fija –desgarro, así de la matriz ontológica: individuo del que está ausente «todo lo que consigo lleva la noción de persona»<sup>27</sup>, y la persona como negación de la negación: ella «lleva el mundo entero en sí [...], la redención del individuo».<sup>28</sup> La persona «incluye al individuo y además insinúa en la mente algo de positivo, algo irreductible por positivo, por ser un “más”; no una diferencia, simplemente».<sup>29</sup> Se trata, así, «de un proyecto trascendente sobre la realidad de un individuo».<sup>30</sup>

Mientras que la repetición es la posición de igualdad del ser, lo individual no es repetible; ni siquiera es, en un sentido propio, lo mismo. En cambio, el hombre sí. Al impulsar la iteración significativa, el individuo proporciona de paso un lugar para *el hombre*

(en el entendimiento posible de lo que permanece). Y al no someterse al criterio de *repetibilidad* homogénea, queda suelto, como algo literalmente incomparable. Está *fuera de* (lugar). La individualidad debería ser entendida, pues, como una especie de característica *emergente*. Ello significa que podría ser descrita como algo que fulgura por un momento y que, en cierto modo, queda suspendido inestablemente hasta que adopta una determinación. Y como tal, le corresponde una dimensión de *fuga* que apenas se somete a lo ya sabido. El hombre se anticipa como futuro, como acontecer individual imprevisible: «Porque el tiempo fundamental del hombre, aquel del que se parte y lo hace explicable, es sólo el futuro».<sup>31</sup> Pero la explicación efectiva tiene lugar en forma de pasado. Hay, pues, una fuerza comprensiva que tira de lo nuevo hacia lo viejo;<sup>32</sup> y ello ocasiona un paso a dos entre archivo y huida, que no puede tener otro desenlace que la expulsión de lo individual.

Al final, únicamente resta la huella dejada en el curso del tránsito entre distintos sistemas u órdenes de significado, una presencia impropia, puesto que se aplaza indefinidamente: «el individuo es un ser que no es uno, es menos que uno, porque está dividido, y es más, porque es la posibilidad de varias unidades».<sup>33</sup> Esta pertenencia simultánea da lugar a paralogismos, que no pueden evitarse porque, aunque en transición, lo emergente tiene que ser determinado de algún modo; pero cuando esto sucede, la determinación resulta inadecuada y además se contrapone enseguida a otras determinaciones posibles. En cuanto que emergente, el individuo se halla *trans-puesto*.

Lo anterior representa la semilla de la *temporalidad* –para Zambrano, el medio ambiente de toda vida–.<sup>34</sup> A ella se debe que no haya una identidad firme del individuo. El tiempo desintegra y diferencia, de tal manera que suturar el intervalo entre dos articulaciones exige una intervención interpretativa. Así pues, en lugar de presencia o identidad lo que hay es innovación semántica. Pero esta toma, como dice Zambrano,<sup>35</sup> la forma de una errancia, directamente relacionada con la incapacidad que tiene el hombre para completarse: describe el movimiento proyectivo de lo que no puede presentarse. El individuo se proyecta, es decir, se suelta de lo fáctico hacia una versión de sí, que está por venir, pero que no es seguro que llegue.

El individuo acontece, en un desplazamiento que apenas puede ser controlado. Podría decirse que, en cierto modo, el sujeto individual-temporal se desvanece en el acontecer, ya que su ser es «huidizo». Lo que permanece como sujeto del decir no es propiamente el sujeto individual. La historicidad (diferencia en la repetición) constituye el principio de variación básico para la ontología humana: la dimensión de futuro –lo que impele y adviene– y, a la vez, la necesidad de una reproducción que solo se efectúa como desplazamiento y emergencia de sí (un «sí mismo» que nunca se pliega sin resto). A lo anterior se debe que la individualidad pueda ser considerada como el elemento vital o el soporte de la sociedad: «Toda creación,

31. Zambrano, M., *Persona y democracia*, ed. cit., pág. 37.

32. «... sin pasado, no puedo concebirme; más aún, ni siquiera podría *pensar* nada acerca de mí mismo, puesto que pienso acerca de lo que *soy*, y soy en pasado; pero, por otra parte, soy el ser por el cual el pasado viene a sí mismo y al mundo», Sartre, op. cit., pág. 610.

33. Zambrano, M., *Unamuno*, ed. cit., pág. 138.

34. Zambrano, M., *Persona y democracia*, ed. cit., pág. 17.

35. Op. cit., págs. 31 y ss.



36. Op. cit., pág. 127

37. Op. cit., pág. 120.

38. Op. cit., pág. 138.

39. «Hay muchas cosas [...] que mientras se están viviendo, se tiene la impresión de su pasado; ello quiere decir que son futuro. Por ello son desconocidas o mal entendidas, tergiversadas y aun calumniadas. Y forman como un plano paralelo a lo que aparece como realidad presente y vigente. Y un día, desde el agotamiento o la crisis de eso que se impone hoy, serán recordadas, traídas a la conciencia y darán la clave de lo que está pasando», op. cit., pág. 131.

40. Op. cit., pág. 107.

todo invento, todo pensamiento tiene un sujeto personal. Sólo metafóricamente se puede decir que una sociedad es creadora».<sup>36</sup> Aunque, ciertamente, no se trata de un soporte ni firme ni estable, pues la soltura y soledad del individuo dan lugar a una in-pertinencia sometida siempre a las asechanzas de la reducción normativa y también a los cantos de sirena de la pertenencia a la comunidad.

Y en cuanto que resto no reintegrable de la operación, el individuo tampoco es un sujeto pleno, homogéneo e idéntico a sí mismo. No es un objeto metafísico ni tampoco, como muestra la controvertida epistemología de las ciencias históricas, un objeto científico. Zambrano indica que si el hombre no difiriese en algo de la historia que hace sería su prisionero: «¿podría hacerla en ese caso?».<sup>37</sup> Enemigos de la individualidad serán los sujetos identitarios que bajo la forma de un «nosotros» —«el pueblo», por ejemplo— resultan a fin de cuentas más fácilmente fijables que este otro que remite siempre a una concreción accidental en el desempeño de papeles o en el curso de la acción. Zambrano señala que el pueblo parece en ocasiones una fuerza de la naturaleza;<sup>38</sup> además es anónimo, sus acciones no son individuales. En realidad, no debería ser considerado, como sucede con frecuencia, un individuo colectivo (si es que esto significa siquiera algo).

Como no se trata de un principio de unidad, resulta insuficiente a la hora de tejer una trama discursiva. Puede comparecer en la experiencia, pero siempre bajo la forma del «no es esto», «no encaja», «excede», etc. Y si «llega», lo hace revestido con los ropajes de una positividad que tiene siempre el carácter de «archivo». El saber del individuo se encuentra afectado por dificultades similares a las que acechan a la historia. La ambigüedad, así como el carácter hermenéutico de esta, muestran una íntima relación con el hecho de que su objeto no sea propiamente tal, sino la individualidad del acontecer. ¿Qué saber podría corresponderle a la soledad del solo? No hay regla para lo individual y por ello mismo tampoco un concepto. Lo que sucede, más bien, es que la operación categorial se aplaza indefinidamente como resultado de la imposibilidad de producir un «concepto individual». De ahí que se haya hablado de «índice de *idiocia*». La cuestión estriba entonces en si la falta de un concepto puede llegar a convertirse —de acuerdo con la forma del juicio reflexionante— en el acto productivo de un universal absolutamente individual. Bien es verdad que, como sucede en Kant, ello no daría lugar más que a una idea de la razón, un esquema sin concepto. Tanto las estrategias poéticas —discurrir por metáforas—, entendidas como intentos de sortear las dificultades de la exigencia epistémica generalizante, como las rememorativas,<sup>39</sup> aunque apuntan al individuo, lo que producen es un saber del hombre. Pero la experiencia que generan sí que representa un acontecer de lo individual.

Esta dinámica inaugura el espacio político —«La sociedad lo es en sentido estricto sólo donde el individuo actúa y tiene vigencia»—,<sup>40</sup>

pero siempre como un obrar «desrealizante», que hunde y transforma. De ahí que el problema sea construir una sociedad de individuos, «apta para albergar esta realidad humana»<sup>41</sup> —un producto tardío, «la verdad que llegará a ser»—,<sup>42</sup> y no algo que deba darse por supuesto. Lo que se suelta y hace solitario es, por tanto, necesario: la sociedad no sería de haber solamente pueblo, nos dice Zambra-  
no.<sup>43</sup> Este no es un sujeto, sino algo confuso, un éxtasis en el límite de la determinación ejecutiva, etc. Ella maneja dos significaciones de «pueblo»: 1) aquella realidad anónima, distinta de la minoría, que padece más que hace la historia, y 2) la totalidad, que incluye a todos los miembros de una sociedad determinada. El pueblo tiene la forma de lo impersonal: «según se dice», «como me enseñaron», «siempre se ha dicho». Una categoría que funciona en el seno de oposiciones: como clase, se opone a las otras clases; como totalidad se opone al individuo.<sup>44</sup> Pero el pueblo es también esa totalidad que puede desarrollarse para venir a dar en personas. Ahora bien, este programa social, el programa de la democracia, choca con la demagogia que adula al pueblo y lo seduce para que se mantenga en su forma actual. De esa manera, lo convierte en masa, que significa «una degradación porque aparta la realidad pueblo, que es una realidad humana, de aquello en que la realidad humana alcanza su plenitud: el vivir como persona».<sup>45</sup> La masa encubre al pueblo hasta hacerlo invisible.

Así pues, el mundo humano se está recreando, emergiendo, continuamente; no es un hecho objetivo: «En el hombre hay algo que escapa a la sociedad y justamente, por suceder así, hay historia humana».<sup>46</sup> Eso es el individuo.

41. Op. cit., pág. 59.

42. Op. cit., pág. 100.

43. Op. cit., pág. 141.

44. «De la primera relación puede surgir una democracia que sea el poder del pueblo aplastando a las otras clases. De la segunda, una democracia donde el valor del individuo no sea reconocido ni respetado: una democracia, diríamos, totalitaria», op. cit., pág. 144.

45. Op. cit., pág. 145.

46. Op. cit., pág. 119.